



## EL TALANTE CONTEMPLATIVO: UN DESAFÍO A LA MODERNIDAD

Raimundo Panikkar

---

Agradecemos muy sinceramente la contribución del autor a este número monográfico y su amabilidad al enviarnos un artículo publicado originalmente en inglés en la revista *Cross Currents* (Fall 1981, pp. 261-272). En una amable nota autógrafa en la cabecera de la copia que nos remite, Raimundo Panikkar nos felicita por la convocatoria del encuentro añadiendo, con su puño y letra, que "hay que revalorizar la contemplación y su fuego transformador".

---

La contemplación es una palabra ambivalente. Sin intentar decir lo que es la contemplación ni cómo definirla, un rasgo constante emerge en ella: la contemplación es algo definitivo, algo que tiene que ver con el mismo fin de la vida y no es un medio para ninguna otra cosa. Un acto contemplativo se hace por sí mismo. Descansa en sí. La contemplación no puede ser manipulada a fin de obtener alguna otra cosa. En ese sentido, no constituye un estadio. No tiene intencionalidad ulterior. Requiere esa inocencia en la que incluso la voluntad misma de alcanzar la contemplación se convierte en un obstáculo. El acto contemplativo es una acción de pura espontaneidad, un hecho libre e incondicionado salvo por su propio impulso, *svadhā*, como diría el Rg Veda.<sup>1</sup> El acto contemplativo simplemente "se asienta", simplemente "es".

Sócrates ensayando afanosamente una nueva tonadilla en su flauta la noche antes de morir; Lutero decidiéndose a plantar un manzano aquella mañana del día en el que el mundo habría de llegar a su fin; San Luis Gonzaga continuando su juego durante el tiempo de recreo aún cuando sabía que se muere le alcanzaría esa noche; el deleite del Maestro Zen mirando el trabajo de una hormiga a pesar de estar suspendido sobre un abismo, atado a una cuerda que acabará cortada enseguida. Esos son ejemplos de la actitud contemplativa, ya se la llame atención ("mindfulness"), consciencia, concentración o contemplación.

Esta actitud va a contracorriente de la tendencia de la civilización Moderna, ya sea "religiosa" o "secular", aunque no usaría esos dos términos en tal sentido, porque ambos, lo secular y lo religioso, pueden ser tanto sagrados como profanos.

Parece que, de hecho, hay cinco grandes incentivos en nuestra sociedad: 1) los cielos allá en lo alto para los creyentes, 2) la historia que nos aguarda para los progresistas, 3) el trabajo que está por hacer para los realistas, 4) la conquista de lo grande para los inteligentes y 5) la ambición del éxito para todos. Estos cinco incentivos son radicalmente cuestionados por el talante contemplativo. Y es que los contemplativos ponen el acento en el *hic*, en el *nunc*, en el *actus*, en el oculto *centrum*, y en la *pax interior*; no en otro lugar, ni en el después, o en el resultado, ni en la grandeza de los actos externos o en la confirmación de la mayoría.

---

<sup>1</sup> Rg Veda X, 129, 2.

El primero de estos cinco rasgos de la contemplación supone un desafío para la religiosidad tradicional, que con demasiada frecuencia se contenta con postergar para otro mundo los valores reales de la vida.

El segundo es una interpelación para el dogma central de un cierto secularismo que simplemente ha transferido a un futuro temporal los ideales de la primera mentalidad.

El tercero es una praxis que da un giro radical a los valores axiales de la Modernidad, fundamentalmente la constitución de una sociedad pan-económica.

El cuarto adopta la apariencia de una interferencia extraña y poco bienvenida frente a las exigencias intrínsecas del mundo tecnológico.

El quinto cuestiona directamente esa predominante noción antropológica de que la plenitud humana entraña la victoria de uno sobre los demás de modo que las víctimas son la condición necesaria para la medida de los propios logros.

### **1) Los cielos en lo alto (el aquí frente a cualquier otra parte)**

Si se actúa para obtener una recompensa en un cielo, tal vez obtengamos lo que deseamos, pero eso no es un acto contemplativo, como lo es por ejemplo una obra de amor, cuya única preocupación es lo que se tiene entre manos, sin pretensión alguna de alcanzar la perfección o conseguir una recompensa. Cuando los contemplativos comen, comen; cuando oran, oran, como los Maestros nos recuerdan. Ellos actúan *sunder warumbe*, "sin un por qué", como Eckhart diría.<sup>2</sup> El contemplativo no puede concebir lo que se quiere decir con un *más allá de* la vida, como si la vida que ahora se vive no fuera vida, la Vida, en sí. Según casi todas las tradiciones, el contemplativo experimenta la realidad, Dios, el cielo, el brahman, moksa, nirvāna, el satori, la realización, el ser o la nada aquí mismo, en la propia acción que ese está ejecutando, en la misma situación que se está experimentando. La vida contemplativa es ya, ella misma, un estado celestial, una vida final, como los místicos dirían. Y si no fuera ese el caso, si todavía quedara algo que se pudiera desear, es que todavía no se ha alcanzado la contemplación.

"Maestro, durante tres años te he seguido; ¿qué he encontrado?" "¿Acaso habías perdido algo?" fue la respuesta de un guru hindú.<sup>3</sup> "Felipe, quien me ve a mí ha visto al Padre", dice el Evangelio cristiano. *Nirvana* es *samsara* y *samsara* es *nirvana*, afirma el Budismo Mahayana.<sup>4</sup> "Y si he de ir al cielo, no importa; el cielo es esto, eres tú, está aquí", cantan los místicos musulmanes.<sup>5</sup>

El deseo de cualquier cosa, aún cuando se trate del deseo de no desear, ya es señal de que no tienes un espíritu contemplativo, de que no has llegado a esa "santa indiferencia" que tanto subraya la espiritualidad ignaciana, que trasciende todas las diferencias hasta el punto de que al contemplativo se le considera "más allá del bien y del mal", como dicen las *Upanishad*.<sup>6</sup> Esta última frase habría de ser entendida correctamente.<sup>7</sup> Si haces algo que crees errado, por supuesto no estás más allá del bien y

2 Cf. v.g. Predigt 26 (*Deutsche Werke* II, 26-27), Predigt 41 (*DW* II, 249) y passim según la edición crítica, Quint (ed.) (Stuttgart, Kohlhammer).

3 Ramana Marharshi

4 *Madhyamika-Karika* XXV, 19.

5 Rabi'a y también Bistami

6 TV II, 9.

7 Cf. v.g. *Bhagavat Gita* II, 50.

del mal. Alguien podría cuestionar que sea posible ir más allá del bien y del mal pero, si se acepta tal posibilidad, los conceptos de bien y mal ya no sirven para un acto que supuestamente ha trascendido ambos. "Esos dos pensamientos no se le ocurren (al realizado): he hecho el mal, he hecho el bien", clarifica el mismo texto de las Upanishad.<sup>8</sup> La nueva inocencia no es algo que uno se pueda arrojar a voluntad.

Los contemplativos no necesitan los cielos allá en lo alto porque para los contemplativos todo es sagrado; ellos tratan a las cosas "sagradas" como profanas. Comen el pan prohibido, queman las imágenes santas, ponen sus pies sobre el linga y no guardan los preceptos detallados del sabbath. ¿Por qué? Porque a su vez tratan todas las cosas profanas como sagradas. "Así en el cielo como en la tierra" es una plegaria antigua.<sup>9</sup> "Si ves al Buda, ¡mátalo!" se dice en la tradición Mahayana.<sup>10</sup> Si te encuentras con Cristo, ¡cómetelo! Podría ser un *mahāvākyā* cristiano.

La contemplación no está preocupada por el mañana, ni por la forma de alcanzar el nirvāna o conquistar el cielo. Por eso el contemplativo no se enzarza en disputas doctrinales. El místico acepta las doctrinas dadas pero no deposita su fe en ellas. Las doctrinas son muletas o, en el mejor de los casos, cauces o gafas, pero no son el mismo andar, ni el agua o la vista a las que se apunta por medio de esas metáforas tradicionales. El dogma es hipótesis, no *theoria*. Se sabe que "la verdad tan sólo puede ser aprehendida por sí misma", como dijo el Cusano,<sup>11</sup> haciéndose eco de Meister Eckhart; eso mismo fue repetido por Ramana Maharshi y tantos otros que le precedieron y le siguieron -por cada uno de ellos de modo independiente ya que en cada caso se trata de un descubrimiento inmediato. Cualquier afirmación basada en alguna otra cosa fuera de sí misma no puede ser absolutamente verdadera. El contemplativo sabe que "no me mueve, mi Dios, para quererte/el cielo que me tienes prometido", como el se decía en España en el Siglo de Oro, en un intento de mostrar el lado positivo del "quietismo", otra forma de decir lo que la Gitā y otros textos budistas habían dicho ya siglos antes: no habrías de ser ni descuidado ni cuidadoso porque ni te falta ni te sobra nada sino que eres libre y por tanto libre también de todo cuidado.<sup>12</sup> *Svarga kāmo yajeta*, "el sacrificio a fin de ir al cielo" el algo grande, dice el Mimāmsa, pero no es así como alcanzarás la liberación (*moksa*), añade el Vedanta.

Los modernos tal vez no crean en un Dios que premia o castiga y quizás no les preocupe mucho un cielo en lo alto, pero casi todas sus acciones están hechas con un ojo atento al comportamiento de Mammon, quien sí castiga y premia, y que no está en lo alto sino que se halla y obra a espaldas, por detrás. Los contemplativos son indiferentes a tales incentivos. Han descubierto en su corazón que "*makarioi*, felices, son los pobres de espíritu".

## 2) La historia que nos espera (el ahora frente al después)

---

8 TV II 9. Cf. también BV IV 3, 22; Mait V VI, 18, etc.

9 Mateo VI, 10

10 Cf. *Taisho* 45, 500 (el dicho se atribuye a Nagarjuna).

11 *De Deo abscondito*, 3.

12 El texto español es anónimo por miedo a la Inquisición. Ha sido atribuido a Santa Teresa entre otros. Cf. *Bhagavad Gīta* III, 4; IV, 120; XVIII, 49; *Digha-nikaya* III, 275, etc.

La sociedad secular tiene que construir la Ciudad sobre la Tierra. Pero eso lleva tiempo. Es decir, si todo cuanto existe es la temporalidad, la Ciudad del Hombre es siempre la Ciudad del Futuro, porque la ciudad presente está lejos de ser lo que debiera. La vida moderna es una preparación para *después*, para lo que está por venir. Los créditos, el crecimiento, la educación, los hijos, los ahorros, los seguros, los negocios -todo está proyectado para más adelante, orientado hacia las posibilidades de un futuro destinado a permanecer incierto por siempre jamás. Siempre estamos de camino y cuanto más rápido el paso mejor, porque así ganaremos tiempo. Sin planificación, estrategia, preparación y propósito para el futuro, nuestras vidas resultan inconcebibles. La temporalidad tiene hechizada a la modernidad; el factor tiempo es un aspecto de la naturaleza que hay que superar. La aceleración es el gran descubrimiento de la ciencia moderna. Tanto individualmente como colectivamente nuestras vidas están todas inclinadas hacia delante, encaminadas a la meta o al premio, en incesante competición, siempre tendiendo al "Gran Acontecimiento". La soteriología se ha vuelto escatología, tanto sagrada como profana.

El contemplativo detiene la urgencia del tiempo en el mundo. La temporalidad se detiene para el contemplativo o, mejor, se repliega sobre sí, de modo que la realidad "tempiterna" emerge. A la contemplación no le interesa el más tarde sino el ahora. Aún cuando el contemplativo esté activamente absorto en algo que tenga consecuencias para el futuro, el acto se ejecuta con tal absorción en el presente que lo que de él se siga es impredecible. El acto contemplativo es creativo, un nuevo comienzo, no una conclusión. Si eres un contemplativo, tal vez te encuentres a un samaritano por el camino y llegues tarde a la cita que tenías concertada previamente, o te detengas con una minucia que ha captado tu atención. En última instancia, no tienes ningún sitio al que dirigirte, ningún lugar al que tengas que llegar. Se renuncia a todo peregrinaje. Tan sólo el presente tempiterno cuenta y se experimenta como real. El sentido de tu vida no reside sólo en su logro final, así como una sinfonía tampoco consiste únicamente en su finale. Cada momento es decisivo. Tu vida no dejará de realizarse aunque no llegues a alcanzar tu edad de oro porque un accidente tal vez se interponga en tu camino. Cada día es una vida y cada día se basta a sí mismo.

La contemplación revela la plenitud de todo cuanto es en el mero hecho de su ser lo que de verdad *es*. "El hombre tiene que ser feliz porque es", dice Ramón Llull al principio de su voluminoso libro sobre la contemplación.<sup>13</sup> La felicidad es la suerte del contemplativo porque el verdadero contemplativo no está pendiente del mañana. El tiempo ha sido redimido, vencido o negado. El Reino, nirvãna, ya está aquí y ahora -aunque no en un sentido newtoniano. Si eres una persona realizada, la realización no te ha traído nada. Lo único es que (antes) no lo sabías. Ya estabas ahí o, más bien, ya eras *eso*. Podía haberse vendido ese caro perfume y haber dado el dinero a los pobres, pero la amante estaba justificada porque había llevado a cabo "un acto hermoso" con espontaneidad pura, como Jesús dio a entender al defenderla.<sup>14</sup> Regójate conmigo, canta el cantante ciego de Baul: "No puedo ver la oscuridad." Ni tampoco podemos ver la luz -tan sólo el mundo iluminado.

---

13 *Libre de contemplacio* I,2: "molt se deu alegrar l'home per ço com es en esser". El primer capítulo, por supuesto, trata del gozo humano por el hecho de Dios *es*; y el tercero debido a que el próximo exista. "Philosophus semper et lactus" (el filósofo siempre está contento) ha añadido en su *Libre Proverbiorum (editio moguntina* VI, int. V, p. 122). Comienza su *Libre del mil proverbis* con un proverbio sobre el gozo: "Hah's u alegre, per ço car Deus es tot bo e complit" (Alegrate de que Dios sea bueno y perfecto).

14 Mateo XXVI, 10.

Una doctrina realmente peligrosa y arriesgada. Los contemplativos están "por encima" o "fuera" de la sociedad, como muchos textos afirman, pero pueden perder su rumbo. También pueden ser presa de manipulación por quienes pretenden sacar partido de esa indiferencia y despreocupación para propósitos de explotación e injusticia. Al final, sin embargo, su "gozo perfecto" parece no ser mancillado por nada de cuanto suceda, como describe la tradición franciscana.

Los hombres y mujeres de hoy en día van siempre corriendo en pos de "lo siguiente", mientras que para el contemplativo no hay ninguna diferencia fundamental entre un cielo en lo alto y una historia por delante. Ambos son postergaciones: se "ingresa" en el cielo o se "progresa" en la historia. Ya se trate del capitalismo individualista o del capitalismo estatalista, ya de la creencia tradicional en el cielo o del credo marxista en la historia, la diferencia entre un beneficio que se encuentra en lo alto y el que nos aguarda más adelante es tan sólo de grado y dirección. Las actitudes que ambos suscitan son tristemente similares. Si el marxismo en Occidente es tenido por una apostasía (cristiana), en Oriente se le considera una herejía (cristiana).

La actitud contemplativa no sigue tal patrón de conducta. Cuando has de seguir el juego secular, lo haces con honestidad pero sin hacer un ídolo de sus reglas. Cada momento es una plenitud en sí mismo y como mucho conduce al siguiente: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar", canta Antonio Machado.<sup>15</sup> Cada momento contiene el universo entero. La continuidad no es algo sólido, no es una sustancia: *anātmavāda*. No hay sentido alguno de frustración aunque no acumules méritos, poder, conocimiento o dinero, porque cada momento es un don único y completo en sí mismo. *Khano ve mā upaccagā*<sup>16</sup> ("No dejes escapar el instante"). Es obvio que este tempiterno *ahora* que experimenta el contemplativo no es únicamente el cruce de un pasado presuroso con un futuro acelerado. Es, si acaso, una cruz que incluye todo el pasado porque, habiendo muerto, ha resucitado, y abarca todo el futuro porque, aunque está por amanecer, conserva toda la luminosidad de un sol escondido que puede aparecer en cualquier esquina del horizonte.

El contemplativo no descubre la dimensión tempiterna huyendo del tiempo (aún cuando tal cosa fuera posible) sino integrándolo completamente en la dimensión vertical que constantemente se introduce en la línea horizontal de carácter temporal. Lo tempiterno no es la ausencia sino la plenitud del tiempo, pero esta plenitud ciertamente no se halla tan sólo en el futuro.

### **3) El deber del trabajo (el acto frente al producto)**

Parece como si la moderna adicción al trabajo se estuviera convirtiendo en una epidemia para la humanidad. Debes trabajar porque aparentemente tu existencia desnuda no tiene valor alguno; por tanto, tienes que justificar tu vida en base a su utilidad. Tienes que ser útil contribuyendo al bienestar de una sociedad que ha dejado de ser una comunidad. No puedes permitirte ser un adorno; tienes que ser un logro. No se trata sólo de que tienes un papel que desempeñar; no es tu *svadharma*<sup>17</sup> lo que se espera de ti; no es cuestión de que encajes en un esquema más o menos dinámico, como en buena parte de las sociedades tradicionales. Se espera que produzcas, que hagas algo que no eres tú, algo que pueda ser objetivado, y que, por medio del dinero, pueda estar

<sup>15</sup> *Proverbios y cantares*, V.

<sup>16</sup> *Dhammapada*, 315.

<sup>17</sup> Cf. *Bhagavad Gita* II, 31.

disponible y ser intercambiado. Tienes que ganar lo que consumes, además de tu reputación y privilegios, o te mirarán por encima como si fueras un parásito inútil. El mendigo es un criminal sujeto a persecución judicial. Nada es gratuito, ni llega como don o presente, ¡las gratificaciones son un beneficio fiscal que hay que declarar! Todo tiene un precio y tienes que ganar lo suficiente como para pagarlo. Los trabajos pueden ser muy distintos, pero aquí todos se tornan homogéneos en la medida en que todos ellos son convertibles en dinero. El reino de la cantidad requerido por la ciencia ha pasado a ser el reino del dinero en el ámbito de la vida humana.

Eres real en tanto en cuanto eres un trabajador y alguien que produce. No hay otro criterio para la autenticidad de tu trabajo fuera de sus resultados. Serás juzgado por los resultados de tus obras. La gracia es una palabra vacía. Justicia es lo que se necesita. Tu disciplina y tu ascetismo han de ser canalizados en una producción mejor y en un volumen mayor de trabajo. Puedes relajarte e incluso entretenerte pero sólo a fin de poder trabajar mejor y rendir más. Puedes escoger tu trabajo, porque si trabajas con placer producirás más y con menos desgaste. Hasta a las vacas se les pone música. "El oficio es el culto". La eficiencia es un nombre sagrado y la vida se subordina a la producción. Incluso la comida es un arma militar, eufemísticamente llamada política.

A buen seguro, las sociedades tradicionales no están libres de cierta compulsión por trabajar e incluso de trabajar para otros. No debiéramos idealizar el pasado u otras culturas. Mas hay algo específico en el deber del trabajo de la modernidad. Un pecado capital de la moral cristiana era la tristeza, el disgusto, la *acedia*. Hoy en día eso se ha traducido como pereza, ociosidad. El *otium*, el tiempo libre, se ha vuelto un vicio y el *negotium*, o negocio, una virtud. En una sociedad jerárquica, una vez se ha alcanzado la adultez, cada cual encuentra su lugar, lo que te puede conferir un sentido de realización. En una sociedad igualitaria los puestos más altos están supuestamente abiertos a todos.

El mundo tecnológico moderno se ha vuelto tan complejo y exigente que a fin de "disfrutar de sus venturas" uno tiene que obedecer sus leyes. El trabajo se convierte en un fin y tal fin no es la plenitud humana sino la satisfacción de sus necesidades. La creencia de que cada ser humano no es sino un hatillo de necesidades cuya satisfacción traerá automáticamente felicidad y satisfacción es un mito subyacente que en algún otro lugar he calificado de "Estilo de Vida Americano", un modo de vivir que ahora mismo se está derrumbando en su país de origen aunque a la vez se extiende por todo el mundo como la condición necesaria para una tecnología exitosa.

Sea como fuere, el contemplativo se halla en las antípodas de tal discurso. En primer lugar, adopta una actitud completamente diferente ante el trabajo. La primacía no la tiene el producto sino el trabajo, es decir, el acto en sí, de modo que cada trabajo habrá de encerrar su propio sentido. Si un acto no tiene sentido en sí, sencillamente no se hace. El respeto hacia cada ser y su constitución es algo característico de la actitud contemplativa. Se cultiva una planta porque el acto de cultivarla ya es significativo en sí mismo: una colaboración entre las fuerzas vitales humanas y las de la naturaleza, una aportación tanto natural como cultural, y una suerte de ennoblecimiento inherente al propio acto. No es ni la acción de un esclavo ni la de un señor, sino la de un artista.

La segunda intencionalidad (el *finis operantis* de la Escolástica) o la intención del agente será una prolongación armoniosa de la propia naturaleza del acto. Cultivas la planta no sólo porque se realza la belleza y se fomenta la vida sino también porque tal vez quieras comértela. El comer pertenece al orden cósmico que representan el dinamismo, influencia mutua, crecimiento y transformación del universo entero.

En tercer lugar, tu intencionalidad tenderá a cristalizar con el mismo fin del acto en sí (*finis operis*) de modo que tus intenciones privadas se vean reducidas prácticamente a la nada. El contemplativo renuncia a los mismos resultados de su

trabajo, realizando cada actividad por ella misma, y no por lo que pueda derivarse de ésta (*naikarmya karma*).<sup>18</sup> Si el acto en sí no es significativo no se realizará. Si ya está lleno de sentido, no habría de abordarse como un mero medio para algo más. El contemplativo no hace nada con vistas a conseguir algo más. El arte tiene lugar porque descubrimos que cada uno de los pasos distintos e intermedios ya están imbuidos de sentido en sí, al igual que los esbozos o el torso pueden ser, por sí solos, tan hermosos y acabados como la composición final. Eso no excluye la conciencia de realizar actos parciales teniendo en cuenta la totalidad; pero, tal y como sucede en las ceremonias del té japonesas, cada acto es una parte orgánica de la operación en su conjunto. El ojo contemplativo es el ojo atento al brillo de cada momento, a la transparencia de lo más sencillo, al mensaje de cada día. Tienen cabida las actividades concebidas para el futuro porque la causa final está presente desde el principio y el acto en sí es la totalidad de todos sus aspectos diferenciados.

La obsesión por el trabajo que se tiene hoy en día, incluso por aquél que no está encaminado a la productividad y al que se llama con orgullo creatividad, no es capaz de hacer de cada persona un auténtico *homo faber*, un hacedor, porque lo que *hacemos* no es ni la propia vida ni la propia felicidad, y ni tan siquiera la de una colectividad. Se "trabaja", esto es, se está encadenado al *tri-palium*, el instrumento de tortura, a fin de justificar de alguna forma la propia existencia ante los ojos de los demás y, ¡ay!, para muchos hoy, al objeto de justificarla ante sí mismos y bajo la mirada de Dios.

El contemplativo no es el asceta que se dispone a trabajar su propia persona, o para los demás, o a que se vuelca en fines valiosos. El contemplativo goza la vida porque la vida *es gozo y brahman ānanda*, y ve un jardín entero en una sola flor. Es capaz de apreciar la belleza de los lirios silvestres aunque los campos estén sin trabajar. El contemplativo tiene la capacidad de transformar una situación espontáneamente por el mero gozo de haber detectado un punto luminoso en eso que de otro modo tan sólo sería el lienzo oscuro de los trasiegos humanos.

#### **4) El poder de lo grande (la intimidación frente a la exterioridad)**

Una praxis fundamental de la vida contemplativa es la concentración, es decir, el intento de alcanzar el centro. Este centro es interior; no tiene dimensiones y es equidistante de todas las actividades. Cuando se está establecido en el centro, se consigue el contento, *Gelassenheit*, *sosiego*, *sama*, *aequanimitas*, *sophrosyne*, nada de lo cual ha de confundirse con la autocomplacencia. Ese temple interior es tal que ni te lleva allí donde "se encuentra la acción" ni te conduce a la gran ciudad y ni tan siquiera te tienta con ofertas de éxito cada vez mayor o te seduce con el poder de lo Grande. Un sustancia concentrada tiene mayor densidad pero menor volumen.

La misma forma en que la que las palabras "grande" y "gran" denotan cualidad y bondad, delata la adulación que el temperamento moderno rinde a los imperios, emporios, corporaciones y superpoderes. Cuando hablamos de las "grandes religiones" queremos decir las "importantes". El así llamado poder de la mayoría es otro ejemplo. Aún cuando una pequeña tecnocracia puede manipular a las masas a través del poder de la tecnología, la "mayoría" dicta e imprime su tono. Lo que aquí cuenta y lo que otorga valor son los números. Si eres diferente del "resto", puedes sentirte fácilmente amenazado o al menos inseguro de ti. En tal situación, tu centro no está dentro de ti. Estás desplazado.

---

<sup>18</sup> Cf. *Bhagavad Gita* III, 4; IV, 20; XVIII, 49.

El imperialismo lingüístico es otro ejemplo de esta actitud. Los dialectos, si es que no son objeto de abierto menosprecio, son como mínimo tomados poco en serio. Tienes que hablar al menos un "idioma mundial". Eso te hace importante. Los que proceden de los pueblos son simplemente provincianos. Los dichos autóctonos, si no siguen la moda dictada por los medios de comunicación, se tornan ininteligibles o quedan excluidos por la mayoría por su extrañeza. El lenguaje siempre ha sido una creación del grupo vivo de hablantes. La poesía de los idiomas remonta su humilde origen a la especificidad y color propios del dialecto hablado. Este dialecto puede ser el de un Dante que otros aceptaran, o el de un texto sánscrito compilado por pandits, o el de un moderno lenguaje académico occidental que sutilmente se impone a partir de cierto estándar de erudición. En la actualidad son aquellos con suficiente poder como para enviar su idioma idiosincrático por las ondas, quienes propagan su particular visión del mundo y su modo de decir las cosas ante los ojos y oídos de millones de espectadores. Los narradores y cantantes de los pueblos de la India están desapareciendo rápidamente. El lenguaje se ha vuelto algo que se escucha o se lee pasivamente, un producto recibido antes que una forma viva de expresarse de forma creativa y con la que dar forma y sentido a las palabras de un interlocutor. Tenemos muchos más monólogos que diálogos. No es de extrañar que nuestro lenguaje se esté deteriorando y el arte de la conversación sea una práctica elitista, porque son un derivado de lo que vemos televisado o escuchamos por la radio, o de las composiciones de prosa simplista y descafeinada que ofrece nuestra prensa. El *idiotes* (aquél que tiene su propia naturaleza) se ha convertido en un idiota y la idiosincrasia y singularidad son casi un insulto.

El símbolo mismo de la civilización es la Gran Ciudad, donde la mentalidad massmediática es predominante. Se ejerce cada vez mayor presión para ascender por la escala de la importancia, poder y éxito; uno tiene que ser promocionado para sentirse real, ganar autoconfianza e inspirar confianza en los demás. La movilidad es el emblema mismo del estatus. El crecimiento ha pasado a ser un concepto cuantitativo. Lo máximo es el ideal.

El contemplativo no sólo comprenderá la necesidad teórica que la sociedad moderna tiene de descongestionarse sino que la pondrá en práctica. Si no soy capaz de encontrar el centro en mí mismo -o al menos una realidad concéntrica con respecto a mi propio centro, no podré superar esa sensación esquizofrénica de ser una persona desplazada a menos que viva en la capital o trabaje en la universidad, empresa, firma, fábrica o compañía más grande, o gane el mayor salario posible. Estaré nervioso o al menos tenso hasta que no haya llegado, no al centro, sino a la cima.

Los contemplativos no siguen ese juego. No por egoísmo o por causa de esa especie de hedonismo que expresa el proverbio español del "ande yo caliente y ríase la gente". No debido a que no les interese la eficacia o porque disfruten con lo pequeño más que con cualquier otra cosa, sino porque el verdadero sentido de la vida no se encuentra ahí. Aunque muchos estadistas y pensadores seculares como Aldous Huxley y Arnold Toynbee han escrito acerca de lo ilusorio de creer que la política cambiará el mundo, tal engaño sigue haciendo que incluso personas auténticamente religiosas tengan la tentación de convertirse en *meros* políticos. Hay, sin embargo, una dimensión más profunda en la vida, un espacio de mayor hondura en el que cabe trabajar en pro de un verdadero cambio. Aquí es donde descubrimos esa dimensión monástica, frecuentemente negada, del Hombre.

El contemplativo es feliz, semejante a un niño saludable cuando juega apasionadamente con un juguete. Viendo su contento, algunos quizás le arrebaten su



juguete, pero entonces vuelve a su juego con otro juguete, que tal vez le vuelvan a usurpar los mismos que antes, confundidos al creer que su alegría procede del juguete.

Advertíamos antes, con todo, que la contemplación es algo arriesgado, porque esta "santa indiferencia" podría ser explotada por otros que podrían llegar a superar los límites de lo tolerable. A menudo, una religión que promueve la contemplación, se convierte en un opio administrado no sólo, por ejemplo, por los británicos a los chinos, sino también por los misioneros, brahmanes y sacerdotes al pueblo. Bajo esa luz, los maestros siempre han hablado del discernimiento, *viveka*, como un elemento indispensable en la verdadera vida contemplativa.

## **5) Ambicionar el éxito (el contento frente al triunfo)**

La ambición es una palabra clave para la modernidad, pero es ambivalente. Por un lado, todo ser humano, se nos dice, quiere y necesita lograr algo. Hay una ambición innata que impulsa a los humanos hacia la perfección en una suerte de movimiento de autotranscendencia. Queremos desplegar nuestras posibilidades latentes, actualizar nuestro potencial. Por otro lado, esta urgencia de *ser* se reviste, sobre todo en Occidente, de la necesidad de éxito a nivel social. Hombres y mujeres, en la actualidad, están metidos en una carrera por obtener la aceptación de sus semejantes. En las así llamadas sociedades democráticas nuestro poder es, entre otras cosas, directamente proporcional a la reputación que tenemos. Se nos dice que tenemos que desarrollar nuestra propia imagen y a continuación proyectarla a los demás de modo que nuestras palabras y acciones tengan peso. El Hombre Moderno aspira a estar en el centro de la toma de decisiones. Tiene que estar envuelto en las preocupaciones sociales a todos los niveles porque es la sociedad y no un *dharma*, orden, derecho, o Dios reconocido lo que rige y es decisivo en nuestras vidas. Necesitamos triunfar. Cuando buscamos el motivo principal que mueve a la gente en nuestra sociedad, éste es el deseo de logro y éxito.

El éxito en una sociedad tecnológica se ha vuelto un valor objetivado, fácilmente mensurable en términos de capacidad financiera o de supuesta libertad económica. El éxito en una sociedad competitiva está medido por el número de personas (víctimas) que uno ha dejado tras de sí. No es un contento personal sino un logro objetivado.

Ciertamente, muchas religiones tradicionales han seguido el mismo modelo objetivo, de modo que sólo los triunfadores y los héroes llegan al cielo mientras que los demás son aniquilados, van al infierno o se ven condenados a volver incesantemente a la tierra. En tal marco, fácilmente podemos caer en la trampa de menospreciar las ambiciones terrenas simplemente porque hemos proyectado el mismo tipo de deseos en un ámbito celestial. Los monasterios masculinos y femeninos fácilmente podrían llenarse de personas que, al darse cuenta de que no tienen probabilidad alguna de alcanzar éxito alguno en los asuntos de este mundo, buscaran una última oportunidad de triunfar y obtener una recompensa en el cielo. Una cierta imagen antropomórfica de Dios es así mismo una transferencia, si bien algo más refinada, de esa actitud. Haremos lo que sea para complacer a un Dios personal, incluso negar el reconocimiento humano, siempre que estemos seguros de que Dios está satisfecho con nosotros, ve lo que hacemos y nos recompensará a su debido tiempo.

Esta actitud no habría de confundirse con la motivación del amor por el amado, humano o divino, que mueve al amante a hacerlo todo para complacer al amado y obrar en su nombre. Él o ella o la persona divina del amor es el fin mismo y el impulso de tu vida y de cada uno de tus actos. La espiritualidad *bhakti* de todos los tiempos y lugares parece ser algo invariable en los humanos, que siempre atraerá a un determinado tipo de

persona Pero incluso con las correcciones necesarias y a pesar de importantes variaciones, esta aproximación es la del contemplativo.

La contemplación, desde luego, no está exenta del amor, pero puede haber amor sin contemplación. Más todavía, para el contemplativo el amor no es el motivo final. O más bien se trata del último *motivo*, pero es que el motivo no es la cosa misma. En última instancia, el contemplativo actúa sin motivo. Ya no hay móvil externo o ajeno que pueda separarse del acto que se hace por sí mismo. Jacopone da Todi ha expresado esto al decir: "la rosa non ha perchène" (la rosa no tiene 'por qué'). Es porque es. Está simplemente ahí incluso aunque tan sólo sea, como los lirios del campo, por un tiempo muy breve. O bien ningún tiempo es breve, cada instante es y es único. Los contemplativos consumen sus vidas cada día. Cada día agota todos los eones y los universos. Cada momento es una "nueva" creación. La auténtica actitud contemplativa no habría de confundirse, sin embargo, con ninguno de sus desvíos, tales como el narcisismo, o el placer puramente estético o la autoindulgencia. "La vertu non è perchène, ca'l perchène è for de tene" ("la virtud no tiene por qué, pues el por qué está fuera de lugar") dice el mismo franciscano.<sup>19</sup> Para los contemplativos aquí no hay un arriba, un detrás o un debajo; ellos jamás discutirán respecto a si hay o no hay un "Dios" en el sentido en que lo toman casi todas las religiones tradicionales.

Por ese motivo los contemplativos son desconcertantes. No puedes meterlos en ninguna casilla y no hay etiqueta apropiada para ellos. No hay forma de predecir lo que harán a continuación, cuál será su próximo paso. Los "locos" de Rusia, de la India y de otros lugares, la locura platónica y el entusiasmo del chamán podrían ofrecernos ejemplos de este fenómeno aparentemente anárquico. Son movidos por el Espíritu. El Espíritu es Libertad y es irreductible al Logos. Y sin embargo, los contemplativos también pueden aprender a actuar como todos los demás, aunque con otro clase de "motivación". Se descubrirá un rayo de alegría juguetona en sus acciones; también un esbozo de sonrisa irónica. No nos confrontan con otro poder, un anti-poder, sino que dejan nuestro poder impotente simplemente no concediendo a nuestra fuerza ni un ápice de su atención.

Los *estudios* contemplativos, del mismo modo, desafiarán nuestra idea de lo que significa "estudiar" o, mejor todavía, recuperarán su sentido original. No puedes enseñar contemplación o tan siquiera "estudiarla" como una materia. El mismo *studium* se tornará dedicación a la contemplación -esa sed de comprender en qué consiste todo sin otro motivo más que el propio conocimiento- esto es, practicar y convertirse en "ella". El *estudio*, así pues, es la contemplación en sí, un fin en sí mismo y no un medio de dominar una determinada disciplina o de adquirir alguna información acerca de lo que han hablado los llamados contemplativos.

El concepto de "estudio" implica algo más cuando se aplica a la contemplación. El *studium* contemplativo sugiere que el acto contemplativo no se ha completado y no es todavía perfecto. Indica que el acto, contemplativo en sí, todavía está forjándose. El *studium* implica el esfuerzo o la tensión del alma que, habiendo de algún modo alcanzado la meta, todavía no está del todo allí y por tanto se estira, por así decir, entre nuestra condición común y su (relativa) plenitud. El *studium* es el camino. Una simple pincelada en la caligrafía japonesa quizás no sea la frase entera ni revele todo su significado. Mas en cada pincelada existe un mundo en sí y la causa final o la frase acabada ya está contenida en cada uno de esos trazos. Eso implica que el acto

---

<sup>19</sup> *Laudi LX*. Cf. también A. Silesius, *Der cherubinische Wandersmann* I, 289: "Die Ros ist ohn warum, sie bluhet, weil sie bluhet."

contemplativo es un acto global, holístico, y no puede ser atomizado a voluntad. En definitiva, el estudio contemplativo no es un materia de disquisición o un objeto de investigación. Se acerca mucho más a una actitud, a una perspectiva especial, y constituye por tanto la verdadera *apropiación*, la auténtica asimilación de la meta (puesto que *ad-propius* equivale a decir "más cerca"). Como todo es cercano, aborda todas las cosas como algo sagrado, un fin en sí y no un medio. Se convierte en tu vida, en tu amor *¡amor meus pondus meum!*<sup>20</sup>

*Traducción de Fernando Beltrán Llavador,  
Salamanca.*

---

<sup>20</sup> Agustín, *Confesiones* XIII, 9.